

aplicarla á cuantos participasen de la empresa (1). Cundió la noticia por aquellas comarcas, y avivó el entusiasmo guerrero y religioso: Roma, Luca, Florencia, Sena, Volterra, Pistoja, Lombardía, Córcega y Cerdeña enviaron sus gentes (2); y el són de las armas fué creciendo por toda la ribera del Arno, el cual se poblaba de embarcaciones. Apréstanse con grande ahínco naves, *gatas*, *drómonas* ó *taridas*, galeras, *gorabos*, barcas, *currabios* y otras especies de buques (3): llénanse unas de caballos, destínanse otras para los comestibles; suben á éstas los soldados, y aquellas cárganse con torres de madera, puentes, escalas, arietes, ballestas, trabucos, testúdenes y demás máquinas de la tormentaria entonces en uso (4); y al fin concluidos los preparativos, desemboca del Arno la escuadra compuesta de trescientos vasos (5), y da la vela á mediados de Agosto de 1114 de la Encarnación (1113 de la Natividad).

Después de tocar en Cerdeña, en donde se detuvo catorce días, á los tres de haber salido de aquella isla, que fué del 29 al 30 de aquel mes, movióse tan deshecha borrasca y tan densa cerró la noche, que sin más luz que los vacilantes fuegos encendidos en las popas, y perdido el rumbo, torció la armada el camino, y dividida y dispersa aportó á la costa oriental de Cataluña. Mas al divisar la tierra con la claridad del día, creyeron los italianos era aquella Mallorca; y desembarcando armados, prendieron á los naturales que encontraron, con lo cual se desvanecieron su error y alegría. Cobróla Cataluña con su llegada; y como no tenía menos ultrajes que vengar de parte de los mo-

(1) No se nos oculta á cuantos pareceres y fábulas ha dado lugar esa expedición; pero guiados por las indicaciones de Campmany, no hemos perdonado medio para sacar en claro el suceso y confirmarlo, y afortunadamente los documentos han venido en apoyo de los escritos coetáneos y de las crónicas, como se ve en los primeros números del *Apéndice*.

(2) Véase el número 2 del *Apéndice*.

(3) De todos estos, los tres primeros eran los mayores, las galeras hacían particularmente el servicio de batalla, y las demás eran de menor porte.

(4) Véase el número 1 del *Apéndice*.

(5) Véase el número 3 del *Apéndice*.

ros baleares, alzóse un clamor general de guerra á Mallorca. Mediaron embajadas entre el conde de Barcelona, que era entonces D. Ramón Berenguer III *el Grande*, y los recién venidos: los cuales, pues ya sabían de la prudencia y valor de aquel príncipe, le pidieron que, participando de la expedición, la capitanease; y cediendo gustoso el conde, fuése á San Feló de Guíxoles, á donde abandonado el puerto de Blanes se había recogido la armada, acompañado de los obispos Raimundo de Barcelona y Berenguer de Gerona, de Nigelario abad de San Rufo, del conde de Cerdeña Bernardo Guillermo, de Guillermo Arnaldo vizconde de Cardona, del noble Guillermo Gaufredo de Cerviá, de Guillermo Raimundo y de otros señores de su corte. Allí, á 9 de Setiembre, por mano de Bernardino cónsul canciller de los pisanos, en presencia de los demás cónsules, señores, capitanes y prelados, extendióse el acta del convenio, por el cual los aliados conferían el mando al barcelonés, y él les prometía seguridad, protección y defensa en sus estados para sus personas y haberes, les eximía del pago de ciertos derechos, y á sus naves que naufragasen en sus costas las declaraba exceptuadas de la ley de naufragio.

Sin embargo, la soldadesca, que como voluntaria no había al alistarse tenido en cuenta las dificultades, ya murmuraba del retardo: los más avisados callaban cuánto les pesaba de la expedición; pero los apocados decían sin rebozo sus deseos de volverse á Italia. En esto sobrevino peste en el campo, azote común de los ejércitos en aquellos siglos; y menester fué para distraerles de su arrepentimiento y tristeza que sucesivamente llegasen las tropas que conducían el señor de Montpellier, Aimeric vizconde de Narbona, el conde de Ampurias, Raimundo Baucio señor de Arles, y otros potentados de aquellas partes de la Provenza y Cataluña, que también trajeron notable refuerzo de embarcaciones. Mandó entonces el prelado Pedro que zarpase la flota de San Feló; y enderezando el rumbo hacia Salou, llegó ella allá después de correr una tormenta: y como



venía entrando el invierno, é iba desvaneciéndose toda esperanza de hacerse á la mar con buen éxito, otra vez reventó el descontento con tanto grado, particularmente en los luqueses, que no se pudo recabar de muchos que no se volviesen á su tierra, como lo efectuaron. Con esto, la armada hubo de irse á invernar en Barcelona; y la mayor parte de las naves pisanas regresaron á Pisa á mediados de Enero de 1114, quedando repartidas las tropas italianas por el Ampurdán y la Provenza, entreteniendo el ocio del alojamiento con ejercicios militares y con las fiestas guerreras de la caballería.

No fué perdido aquel invierno para la empresa: los armamentos se continuaron con más ardor en Pisa y en Barcelona; y tanto manifestó interesarse por ella el sumo pontífice, que envió á aquellas ciudades el cardenal legado Bosón, para que dirigiese los esfuerzos, animase á los desalentados, y activase la ejecución del proyecto (1). Por la primavera, ochenta naves pisanas botadas del Arno al mar probaron el celo con que la república abrazara la conquista de Mallorca; y Génova, su rival, bien pudo palidecer con sombrío presentimiento al verlas pasar pomposas y pintadas, y marchar á una acción de que se privó voluntariamente. No hay para qué referir la alegría de las tropas al reunirse con los recién venidos: quinientos buques cubrieron las aguas de Cataluña, con novecientos caballos á bordo, amén de la gente y pertrechos; y la mar mansa, el aire próspero, trémulos los gallardetes y banderas de popa, y ellos favorecidos de los remos, aportaron á Salou el día de la Natividad de San Juan Bautista, pasaron en seguida á los Alfaques, y hecha aguada en el Ebro, zarparon para las Baleares. Tras brevísima na-

(1) El nombramiento y venida del legado pontificio, aunque indiquen lo contrario los cronistas y Campmany, aconteció en este intermedio, como así resulta del contexto de los documentos de donde lo tomamos. El *Gesta triumphalia*, número 3 del *Apéndice*, no menciona al cardenal hasta la segunda partida; el poema de Laurencio la marca con palabras explícitas, número 1, y el convenio nada dice de Bosón, núm. 2.

vegación, dejando á un lado la Palomera, arribó la armada á Ibiza, sitió estrechamente la ciudad, y después de repetidos ataques por mar y tierra, en los cuales el conde de Barcelona hizo gran prueba de su valor, apoderáronse los cruzados del último fuerte á 10 de Agosto, y arrasadas las fortificaciones y hecho reparto del botín, partieron para Mallorca. El 15 dieron vista á la bahía; y desembarcando en la fiesta de San Bartolomé, marcharon al otro día hacia Palma, y resolvieron atacarla por el lado de oriente.

El walí, que la gobernaba por los almoravides (a), no les dejó tiempo ni espacio para acercarse á las murallas; antes saliendo al campo raso, ordenó sus fuerzas en dos gruesas divisiones, y presentóles batalla. Reñido anduvo el choque, y en todos los trances fueron buenos los catalanes, cuyo conde rompió su lanza en las primeras cargas, atravesando con ella al jefe de la vanguardia enemiga. Rechazados con gran pérdida, encerráronse los moros en la plaza; y si bien por segunda vez se presentaron á pelear, fué para dejar gran botín en caballos y armas á los cristianos, que comenzaron á sentar sus reales, estrechando más y más el cerco, sin que fuesen parte para retraerles del empeño los parlamentarios, que á fin de ganar tiempo el walí les enviaba.

Continuaron las salidas de los sitiados, y con ellas las victorias de los sitiadores, que en una de las refriegas picaron su retaguardia hasta tocar las puertas de la ciudad; y como entonces pudieron ver de cerca su buena disposición y fortaleza, decayeron de ánimo no pocos, y desesperaron de conquistarla.— Estaba ella dividida de manera que formaba cuatro recintos, pues que el primero encerraba otros tres también fortificados. Apellidábase este Arabathalgit (ciudad nueva) por los cronistas; era el segundo la llamada ciudad vieja; detrás asomaba la

(a) No era walí, como he observado, sino emir, y es incierto que la gobernase por los almoravides.



Almudayna; y el cuarto contenía la Zuda ó alcázar, que ya bien fortalecida con numerosas torres, era inexpugnable por mar por estar asentada sobre un precipicio que lo dominaba (a). Llamábanse con el común nombre de Mallorca, y por entre ellas corría el torrente Ezechín, que en tiempo de lluvias se pasaba por cinco puentes (1).

Alentados empero los cruzados por el ejemplo de sus jefes, destacaron partidas que saqueasen los ganados de la isla y trajesen toda suerte de comestibles; y renaciendo con la abundancia y fresco la confianza y la alegría, comenzaron á armar sus tornos, gatas, manganas y ballestas, fabricaron dos castillos de madera que vencían la altura de las murallas, cubriéndolos con cueros de buey para precaverlos de los tiros enemigos, y rompieron un vivo ataque contra la ciudad. Salieron los moros á estorbar que se allegasen los castillos á las fortificaciones, pero en vano: las máquinas del campo barrían los adarves y aporlaban los muros, los cuales eran socavados por los zapadores, y reciamente batidos por dos grandes arietes que de los castillos salían. Abierta por fin la brecha, dispúose todo para el asalto, y se echaron dos puentes desde los castillos á las murallas; mas fué inútil aquella tentativa, y rechazados por el valor de los sitiados y por el estrago que en sus filas hacían las enormes moles que de dentro disparaba una máquina, replegarónse á los reales con grande algazara y contentamiento de la morisma. Volvieron al ataque el día siguiente al medio día: ya los peones habían echado á los defensores de la brecha, ya se internaban por la plaza confiados en el refuerzo de la caballería que

(a) Un siglo más tarde, al tiempo de la conquista de Jaime I, había ya desaparecido la segunda cerca que separaba la ciudad vieja de la nueva; y fundidos con el nombre de *villa*, para distinguirse del recinto de la Almudayna ó *ciudadela*, los arrabales antiguos y modernos, toda la robustez de la fortificación se había trasladado al muro exterior que ceñía en su vasto ámbito á la ciudad entera con foso y barbacana.

(1) Véanse los números 1 y 3 del *Apéndice*.

iba detrás; cuando, no pudiendo los jinetes atravesar el foso en buen orden, é introducida la confusión por la angostura misma del paso, comenzaron algunos á volver riendas, y acarrearón la retirada de los demás caballeros, para lo cual no fueron tal vez poca parte ya la memoria de la derrota de la víspera, fresca todavía, ya el continuo y furioso disparar de las vecinas albarranas y albacaras. Al verlo los sitiados, alzaron grande estruendo de añafles y atabales, y con horrenda vocería de ataquibiras de todas las calles y plazas salieron revueltos jinetes con infantes y alancearon fieramente á los cruzados.

Sucedieron otros combates no menos infructuosos; y las enfermedades y el invierno vinieron á acrecentar el desaliento y la tristeza. Cubriéronse las tiendas lo mejor que se pudo, fabricáronse chozas, apartáronse un tanto de las murallas los castillos; y como después los moros les pegasen fuego por la noche, se llevaron á los reales, y se comenzó á repararlos y á construir otros dos: en esto y en hacer correrías por el interior de la isla para abastecerse, se pasaron los últimos días de Octubre y el mes siguiente. Acercábase Navidad; el hambre se encrudelecía ya en la plaza, y los rigores del frío hacían más sensibles los de aquella, cuando falleció el walí de Mallorca, á quien la crónica apellida el rey Nazaredolo ó Nazaredech, y le sucedió Bura-bé (a).

Entretanto, impaciente el conde D. Ramón Berenguer, y ganoso de venir á las manos, salió al campo á esperar á los sarracenos, que echaron afuera muchas taifas de caballería y acudieron con grande esfuerzo. Mas sin darles lugar á tenderse

(a) Abú-Rabí-Suleymán era el verdadero nombre del que en situación tan desesperada sucedió á su pariente Mubasher, defendiendo tres ó cuatro meses la ciudad hasta donde alcanzaron sus fuerzas. Antes de morir de pura tristeza Nasirud-daulah, había llevado al África aviso del apuro de los sitiados un capitán de carabela llamado Abú-Abdalla-ben-Maymún, saliendo del arsenal á favor de las tinieblas y burlando á los sitiadores que le perseguían; pero por más prisa que se dió el emir de Marruecos á enviar una escuadra de trescientas velas, llegó ya tarde para el socorro.



por la campaña, embistióles con su gente junto á la puerta que miraba á Portopí, con tanta furia, que arrancándolos con mucho destrozo, presentaron ellos las ancas de sus caballos á las armas de los cruzados; y ya á lanzadas los metían estos en la plaza, cuando un dardo arrojado de las almenas hirió al conde en el brazo derecho. Levantaron los de las murallas regocijada gritaría, pues le creyeron muerto; y allí comenzó entre ellos y los del campo uno de aquellos combates de insultos groseros é injurias, con que en la baja edad se daba frecuentemente treguas á las armas, predisponiendo con los tiros de la lengua, si así puede decirse, el furor del brazo y la sed de venganza para otra refriega.

Esto resultó entonces, pues enfurecidos los cruzados arriaron los castillos á los muros; y tanto los batieron con las máquinas, que abierta la brecha á principios de Febrero de 1115, ordenaron el asalto. Dióse por tres partes á un mismo tiempo: diez veces subieron los tercios, y otras tantas fueron rechazados; hasta que entrando unos pocos, abrieron el paso á los demás, que se apoderaron del primer recinto, haciendo horrible estrago y alojándose por las casas y mezquitas saqueadas. Al punto arrasaron cuantos edificios era menester para que pasasen los castillos; y combatiendo la ciudad vieja, rompieron con las máquinas los muros, y empezaron á cegar los fosos con las ruinas y los cadáveres. Aterrados los de dentro, enviaron al conde de Barcelona quienes le participasen que se rendirían, si se salvaba las vidas y aseguraba la libertad á la gente de guerra. Convocó, pues, el barcelonés los cabos y prelados, y mientras contra el dictamen de los últimos procuraban él y el conde de Ampurias persuadirles que viniesen en aceptar la capitulación, entró armado Pedro Albithón, caballero pisano, quien con gritar que ya los de Pisa asaltaban los muros, disolvió el consejo, pues cada cual corrió á participar de los peligros de sus camaradas. El conde, empero, que tan desairado se veía, no quiso lidiar, y aun prohibió á los suyos que tomasen parte en el

combate: sin embargo, la gritería de los combatientes que impávidos despreciaban los tiros de las algaradas y ballestería enemigas, el estruendo de las armas, la voz de los jefes que cada cual animaban á los suyos, el continuo redoblar de los atabales y el resonar de las trompas y chirimías, la impaciencia de los catalanes, y sobre todo su mismo ardor guerrero, sin duda le hicieron ceder de su primera resolución, ya que entrado el segundo recinto, mientras la espada de los italianos derramaba la muerte por casas, calles y mezquitas, se le vió más humano acoger bajo de su protección á la aljama entera de los judíos, que en sus manos se puso. Fué esta acción á 22 de Febrero; y como aquel recinto contenía lo principal y los más de los edificios de Mallorca, el saqueo dió un botín riquísimo, al paso que la mortandad corrió allí parejas con la grandeza de los tesoros recogidos. Tras de aquella escena de desolación y muerte, vióse otra toda enternecimiento y regocijo: rompiéronse las cadenas que aherrojaban á los cautivos cristianos, y más que los abrazos y las bendiciones, realzaban aquel cuadro el silencio y las lágrimas que de todos los ojos en abundancia corrían.

Animados con aquel triunfo, avanzan los castillos contra la Almudayna; atácanla por un ángulo, toman la torre que lo defiende, huyen los más de los moros al último recinto: los que quedan, más animosos que discretos, piden seguro; y al ver que lejos de otorgárselo suben de todas partes los cristianos, encaramándose por las máquinas y asiéndose de sus cuerdas los que no entraron por la brecha, imitan al fin á sus compañeros y se encierran en la fortaleza superior. Mas nada puede detener el ímpetu de los cruzados: aportillan los muros, rompen las puertas herradas, y á primeros de Marzo toman aquel recinto, dentro del cual encuentran grandes tesoros y la familia de un walí, que la crónica apellida el rey Mortada. Pero aquella parte estaba erizada de torres, que era preciso ir ganando á viva fuerza; y en tanto, viendo Burabé que sólo le quedaba el cuerpo principal



del alcázar, apeló al único medio que de salvarse le restaba, que fué descender por el precipicio, sobre el cual ya dijimos estaba asentada la fortaleza, y tentar la fuga embarcándose: mas cayó en manos de Dodón, que tenía á su cargo la custodia de toda la bahía. Cuentan que entonces los de dentro confirieron el mando á un moro español llamado Alanta, quien como conociese lo apurado del trance, más dichoso que su antecesor, logró burlar la vigilancia de los marinos sitiadores.

Al saber los cristianos la prisión de Burabé, acercaron dos castillos y dos manganas al alcázar; y como no pudiesen salvar de profundos los fosos y barbacanas, cegáronlos con maderos y escombros, hasta que sobre ellos pasasen aquellos ingenios. Desde los castillos, más altos que las torres del alcázar, rompieron un porfiado combate, y echaron dos puentes sobre la muralla, mientras no cesaban el batir de las manganas ni el disparar de la ballestería. Entran por los puentes espada en mano, no siendo el conde barcelonés de los postreros; derriban á cuantos á su paso encuentran, y se derraman por las cámaras del palacio, llenas de moros de ambos sexos y de todas edades. Á unos pasan por el filo de la espada; á otros precipitan de las ventanas y torres al foso y al mar; quien se ensaña en los varones, quien encadena y mata sin piedad á las mujeres; y muchos, más compasivos ó astutos, reservan á los que prenden para el cautiverio. Cae la techumbre artesonada, desprendida y rota por las llamas: mas aunque el incendio consumió gran parte de las riquezas que aquella regia morada contenía, salvaronse no pocas, y la iglesia de Pisa se llevó en donativo los más de los palios, cálices y otros preciosos ornamentos sagrados, que los moros debieron de recoger en sus correrías. Fué la toma del alcázar á primeros de Abril, y con ella quedó de todo punto rematada la conquista de Mallorca.

Grande fué aquella expedición bajo todos aspectos, y mucho mayor si á las dificultades se atiende: el número de las embarcaciones y la importancia de los aprestos no sin crecido coste

debieron de efectuarse en aquellos siglos, en que las máquinas de batir abultaban tanto y dificultaban el transporte; hubo que atravesar aguas casi desconocidas, ya que los pilotos pisanos tan buenamente creyeron que Cataluña era Mallorca; las enfermedades y los retardos diezmaron los batallones; las tempestades hicieron descaecer á los más intrépidos; y el rigor de las refriegas y duración del sitio pusieron á prueba el valor y toda la constancia de los soldados; tanto, que no sin fundamento pudiera citarse esta empresa como uno de los más interesantes episodios de las cruzadas, pues que fué una cruzada verdadera.

Pero el espíritu guerrero de aquellos siglos no era á propósito para retener lo que las armas conquistaban; y á la costumbre agregábanse entonces las circunstancias particulares del ejército aliado. Las tropas, como gente levantada voluntariamente, harto habían hecho con permanecer constantes hasta el fin: movidas por el celo religioso y por el entusiasmo caballeresco iban en busca de peligros y aventuras, y querían regresar á su patria luego que aquel fervor se entibiaba; acostumbradas á hacer la guerra en países del continente no muy apartados y á retirarse á sus hogares durante la temporada de invierno, sin duda deseaban ya abrazar á sus deudos, esposas é hijos; y las mismas riquezas, más ó menos considerables, que cada cual había adquirido en el saco y reparto, les estimulaban á ponerlas en salvo y á gozar de ellas como gente aventurera, esto es, á disiparlas los más en el ocio de la populosa Pisa ó de Florencia la bella, y hacer sonar muy altas las hazañas propias y encuentros habidos en la expedición. No sabemos si hubieran acogido gustosas la propuesta de permanecer en las Baleares. Además componíase el ejército de soldados de varias naciones; variedad nada propia para retener lo conquistado, ya que faltaban el centro común y el común modo de pensar y objeto, que son el alma de los armamentos nacionales. Luqueses, romanos, lombardos y provenzales habían acudido en partidas sueltas, sin formar cuerpo compacto, cada una al mando de capitanes aven-



tureros ó de sus señores feudales: los pisanos y los catalanes, bien como más organizados, más numerosos y puestos bajo las órdenes inmediatas de sus jefes soberanos á fuer de ejércitos nacionales, eran el núcleo de aquellas fuerzas; mas los primeros, distraídos con su gran comercio con los pueblos de Levante, ya un tanto indispuestos con Génova cuyos progresos estaban celando, muy difícilmente hubieran podido atender á la posesión de las Baleares, harto distantes de su ciudad; y los segundos no tenían tan seguras de los ataques de los moros sus fronteras, ni tan dilatado su dominio, ni tan adelantada su naciente marina, que á su placer y sin riesgo pudiesen mantener ondeantes en el alcázar de Mallorca las barras de sus condes. Sea como fuere, los cruzados, arrasadas primero todas las fortificaciones, desampararon la isla á poco, llevándose los de Pisa preso á Burabé y á la esposa é hijo del difunto Nazaredech, que ambos recibieron el bautismo (1).

Todas las consideraciones susodichas cobraron más peso entonces con las correrías que hacían los moros por tierras del conde de Barcelona, y que reclamaban su presencia, y sobre todo con la flota que aquel mismo año de 1115 (509 de la hégira) aprestó el califa Yusuf, para ir en auxilio de aquellas islas: y si á los historiadores árabes creemos, de sola la fama de que se acercaban las naves de los musulimes huyeron los cristianos, que no osaron esperar los echaran por fuerza de armas (2) (a).

(1) Los escritores antiguos refieren que aquella dama mora había sido muy compasiva para con los cristianos, y que por lo mismo los cruzados le prodigaron honor y respeto. Asegúrase que el hijo tomó en el bautismo el nombre de Lamberto, y llegó á obtener una dignidad eclesiástica en la catedral de Pisa, en la cual hay un cuadro, que por 1784 pintó en Turín Lorenzo Pecheux, y representa el bautizo del moro. En Florencia existe un monumento de aquella expedición: en la puerta meridional del Baptisterio de San Juan se ven á una y otra parte dos columnas de pórfido, que son las mismas que los pisanos regalaron entre otros objetos á los florentinos, por los servicios que durante su ausencia les prestaran tomando á su cargo la custodia de su patria.

(2) CONDE, *Árabes en España*, tom. 2, página 206.

(a) «Tan pronto como los cristianos, dice Almakkarí, se cercioraron de la par-

Mas no por esto se menoscabó la importancia de aquella empresa, ni quedó infructuosa: abatióse el orgullo moro, que poblaba el Mediterráneo de embarcaciones piratas; quitado el temor, renació la concurrencia en los puertos de Cataluña y Provenza; y con tan gran derrota aprendieron los sarracenos á temer por sí, y á admitir más estrechas relaciones comerciales con los cristianos, ya que á poco les veremos celebrar tratados con éstos, al paso que por mucho tiempo sus piraterías no llegaron ni con mucho á lo que antes. No es para este lugar la enumeración de las ventajas que la conquista de Mallorca reportó al condado de Barcelona, causando la organización de mayores fuerzas navales y el trabajo y actividad consecuentes á la grandeza de los armamentos: el conde sobre todo tanto ánimo cobró, que visitó Génova y Pisa para ajustar una alianza é ir con una segunda cruzada á libertar la Iglesia de España; y á mediados de Setiembre de 1120 ya pudo celebrar con el walí de Lérida un convenio que no podemos pasar en silencio.—

tida de tan formidable armamento, desistieron de su empresa y se retiraron, llevándose empero consigo tanto botín y tantos cautivos, que partieron sumamente alegres y satisfechos. Al volver á su tierra, fueron asaltados por una tormenta que dispersó sus galeras, y á cuatro de ellas arrojó sobre la costa de Denia, cuyos habitantes salieron á darles caza, logrando capturar á tres y escapándose la otra. Los musulimes, al llegar á Mallorca, hallaron arruinada la ciudad y desiertas sus calles: todo alrededor llevaba el aspecto de asolamiento y ruina. Viéndolo Ibn-Tafertas que mandaba la escuadra, ordenó que los almoravides y demás soldados y marineros que componían la expedición se quedasen á reedificar la ciudad: así se hizo luego que volvió el pueblo que había huído á las montañas; fué reedificada como antes y repoblada, agregándose á los vecinos muchos de los soldados expedicionarios.» Cuenta luego que el amir de Marruecos dió el gobierno de la isla, ya sometida á su poder, á uno de los más bravos oficiales de los de Lamtuna, Wathur (otros Ouannur) ben-Abi-Bekr, confiriéndole el mando de una división de quinientos caballos, y que el nuevo gobernador se hizo excesivamente odioso á los habitantes por las innumerables vejaciones que les impuso, entre otras la de mandarles el abandono completo de la ciudad y fabricarse tierra adentro otra. Siguióse de aquí un tumulto, cuyos jefes fueron presos y ajusticiados por orden de Wathur; con lo cual se exasperó hasta tal punto el pueblo de la isla, que se sublevó de nuevo contra el gobernador y le redujo á prisión. Entonces enviaron una embajada á Alí-ben-Jusuf, quien oídas sus querellas les perdonó, y les envió otro gobernador, que prendiendo á Wathur, le remitió á Marruecos cargado de cadenas. El novísimo gobernador no era otro que Mohamed-aben-Ganiyah, jefe de una célebre dinastía que habrá de ocuparnos más adelante.